

EDITORIAL

UN GRAN MÉDICO QUE NACIÓ MAESTRO DE LA CIRUGÍA



Dr. Manuel Aguilar Bonilla

Nos encontrábamos en el año 1955 cuando cumplíamos con el segundo año de internado hospitalario en el Benemérito Hospital San Juan de Dios, nos tocaba asistir a las operaciones de varios cirujanos de prestigio del Servicio de Cirugía General “Federico Zumbado”. Dos de ellos fueron los doctores: Longino Soto Pacheco y Manuel Aguilar Bonilla, eminentes médicos del arte de sus manos mágicas.

En esta ocasión nos referimos al Dr. Manuel Aguilar Bonilla quien desde que era estudiante de medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, su deseo era transmitir sus conocimientos a los que apenas se iban formando en la profesión.

Ya de cirujano no dejaba de continuar con su afición de enseñar y enseñar. Sentía un placer hermoso en obsequiar su saber a los demás y lo hacía espontáneamente con sus manos pedagógicas y con una didáctica innata. Su personalidad de un profesor serio y amistoso le orientaba al alumno y le proporcionaba seguridad y confianza.

Los estudiantes que teníamos inclinación por la cirugía desde los primeros años de la carrera de medicina, hacíamos guardias en el Hospital de Emergencias de la Cruz Roja Mexicana. El Dr. Aguilar Bonilla como muchos de otros costarricenses nos desvelábamos adquiriendo aprendizaje y trabajando días feriados, sábados y domingos. Nos sentíamos muy incentivados en esa labor, no remunerada monetariamente pero ningún dinero del mundo nos pagaba el adiestramiento que adquiríamos, en tres o cuatro años de sacrificios sin ningún descanso.

Cuando entramos al “San Juan” no existían residentes de cirugía ni de ninguna especialidad, dos o tres médicos que hacíamos las guardias, teníamos que asistir los mil quinientos pacientes de nuestro querido Hospital. Las gravedades eran igual: de pediatría, que de medicina o de cirugía. La enfermera Jefa sabía que el interno tenía que saber el ABC de todas las enfermedades y los siete kilómetros de corredores de las especialidades eran recorridos, una y otra vez.

El Dr. Aguilar Bonilla nos cuenta que él se hizo cirujano con sólo el adiestramiento del año internado en el “San Juan” y a los que tuvimos ese adiestramiento de estudiantes, no nos cabe la menor duda, pues los tres o cuatro años que pasamos junto a tutores del “ya citado Hosp. de la Cruz Roja”, no sólo asistíamos a los cirujanos ya formados, sino que toda clase de operaciones de menor cuantía, nos tocaba realizar (desde luego supervisados

por estudiantes más avanzados de años superiores).

No se me puede olvidar cuando una campesina de medios económicos suficientes, me pidió que le hiciera una histerectomía total abdominal, que necesitaba por fibromatosis uterina, desde luego de carácter privado. Yo era apenas un interno del Hospital y le comuniqué al Dr. Manuel Aguilar que la hiciera él, pues yo le había asistido a muchas otras y que yo en esta ocasión lo asistiría, cuando ya íbamos a iniciar la operación aludido, me sorprendió, diciéndome, “no usted opera y yo le asisto”. Mi regocijo y susto fue grande, en realidad, él como siempre tenía la razón, fui practicando la operación y sin ningún error ni titubeo, con sólo la mirada me guiaba en todas las maniobras, y que éstas fueran las correctas. Ese fue el maestro nato, no necesitaba hablar mucho, para dirigir las manos de su aprendiz.

En 1969 cuando comenzó a funcionar el Hospital México sacaron al Dr. Aguilar del “Hospital de los Pobres” y lo ascendieron a Jefe de Servicio en el nuevo Hospital, poco tiempo después lo nombraron como Jefe de todos los jefes de cirugía. Posición que no le gustó para nada. Mucho asunto administrativo, decía: no me deja tiempo para operar los pacientes del Hospital, ni menos para dedicarme a la enseñanza de la materia.

Renunció a la mejor posición que aspiran todos los médicos a través de hacer múltiples méritos en los hospitales, e hizo que lo bajaran dos peldaños más y volver a jefe en la llanura. Donde sí podía cumplir con todos sus objetivos de enseñanza y brindar a los pacientes la magia de sus manos salvadoras.

Sus últimos años le tocó estar día y noche al lado de su esposa grave por muchos años... con el tiempo la salud de él se fue deteriorando, llevó a su cónyuge hasta el Campo Santo y a los pocos años la gravedad le tocó a él que no lo dejaba partir de este mundo, quizás Dios creía que todavía podía seguir dando su amor y saber a la comunidad...sus fuerzas se iban menguando, con frecuencia se le internaba a la Clínica Hospital de la Biblia. Nada menos que en la Unidad de Cuidados Intensivos, estuvo por lo menos mediadocena de veces; hasta que el Creador se compadeció de esta alma milagrosa y se lo llevó a su lado.

No queremos entrar en los múltiples puestos de honor que ocupó como ciudadano distinguido, en todos demostró gran capacidad de operación y humildad de hombre de bien.

Sólo necesitamos los amigos que bien lo conocimos, que los diputados de nuestra honorable Asamblea Legislativa, revisen su curriculum de sus numerosos eventos de amor por su profesión y por su patria, para que le sea concedido el Benemeritazgo, pues hombres de esa fortaleza moral y creativa, quedan pocos en el mundo moderno.

Dr. Manuel Zeledón Pérez
Director Revista Médica de Costa Rica y Centroamérica